

¿Por qué, Fili,
á mis placeres
no les quieres
agregar

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Porque apenas
en el año
el rebaño
guardo yo,
y vaciando
aquí á la lumbre
una azumbre
del Chinchón;

De las nieves
á la llama,
ó en la cama
cuido huir;
me aborrecen
dañadores
los pastores
del redil,

Y no quieren que en mi vaso,
ó en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ni me pueden
las hermosas
envidiosas
ya sufrir,
porque nunca
tan travieso
yo las beso
como á tí.

Mas ¿qué importa
si reimos
y vivimos
bien los dos?
Mientras tú
besar te dejas,
guarde ovejas
el pastor.

Y entre tanto que en mi vaso
ó en tus labios dulce beba,
ya del rancio de Peralta,
ya sabrosa miel hiblea.

Si disfruto
de mil modos,
digan todos
mal de mí;
que yo vengo
mis agravios
en tus labios
de carmín.

Vaya entonces
por cada uno
que importuno
me haga mal,
otro beso,
y de la bota
del de Rota
un trago más,

Y haz que siempre ya en mi vaso,
ya en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y la cama
has de mullirme
que dormirme
siento ya;
y ya miro
tu belleza
y la pieza
vueltas dar.

Cuando un tiempo
ya en la bota
no haya gota
del Chinchón,
trataremos,
Fili hermosa,
si es que es cosa
justa ó no

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y echa presto
bien mullido
del ejido
ese vellón;
que mis venas
va inflamando
fuego blando
del amor.

Cuando pasen
treinta abriles
juveniles
por tu tez,
pensaremos
ya sin susto
si es que es justo
ó no lo es

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Abril 1829

LETRILLA

Arroyito limpio
ruin y mal pensado
que entre guijas duras
pasas murmurando;
y esos tus cristales
corres á mezclarlos
con las arenillas
doradas del Tajo;
si llegas á Fili
cuando esté en mis brazos
cesa tu murmurio
maldiciente y bajo,
que la niña Fili
si acierta á escucharlo,
cuando sin testigo
los dos nos besamos,
presto, medrosilla,
temerá si acaso
vas de sus ternezas
hablador mofando,
y el pudor entonces
á mi tierno halago
con repulsa fiera
dejará burlado.
Y vosotras, ninfas
de los verdes prados,
que sabéis sin duda
lo que corre hablando;
y vosotras, flores
de colores gayos,
que en su margen pura
refrescáis el labio;
por la ninfa Fili
decidle algo al paso
y en el blando seno
florido acalladlo.
Y así, mi arroyuelo,
si entre los peñascos

de hoy más, comedido,
te deslizas manso,
nunca el noto fiero
te altere bramando,
ni ábrego en estío
te enjague el regazo.
Mas dulce Favonio
y el céfiro blando
que ricen tus alas
con soplo anhelado.
Y así zagalejas
labios purpurados
acerquen ansiosas
á tu dorso claro;
y á tus ondas fien
tesoro guardado,
y la envidia seas
de mozos gallardos.

Abril, 1829.

ODA

¿Qué importa, linda Fili,
qué importa que te digan
si mi cariño pagas
maliciosas amigas?
¿Qué vale porque el cielo
les niegue tanta dicha
que de mi amor y el tuyo
ya murmuren, ya rían?
¿No ves que son en ellas
esas necias hablillas
tristes recursos, Fili,
de estériles envidias?
Si el fuego que me abrasa
le encendiste tú misma,
apágalo en tus brazos
y lo demás descuida.
Que no cuando te viera
cautivo el primer día,
para encenderme el alma
consejos les pedías.
Si para hacerme el daño
no curaste de amigas,
¿por qué para enmendarme
de todo el mundo cuidas?
Torna hacia mí piadosa
esas brillantes niñas,
y deja que mi premio
le busquen tus mejillas.
Deja que en ellas coja
dulcísima ambrosía
que sólo me entretiene
para tu amor la vida.

Y en tus ojuelos deja
 bañados en sonrisa
 que ebrío de amor y gozo
 todo el placer exprima.
 Y ardiente y juguetona
 responde á mis caricias,
 y deja, hermosa Fili,
 á todos ya que digan.
 ¿No ves en los verjeles
 las aves parlerillas?
 ¿no ves que en sus amores
 de otras jamás se cuidan?
 Nunca arrullada y tierna
 la blanca palomita
 triste se recatara
 de la ajena malicia.
 Cuando el osado amante
 sus besos solicita,
 las encrespadas alas
 ella también le pica.
 Y cuando al fin ardiente
 dichoso se publica,
 tal vez, Fili, es su gloria
 mirarse ya vencida.
 Y entonces en sus ojuelos
 amor más dulce brilla
 cuando el orgullo añade
 los triunfos á las dichas.
 Tú también, amor mío,
 sensible las imita,
 si tanto me idolatras
 á gloria ten ser mía;
 y mientras que en mi fuego
 tus glorias se repitan,
 goza, dichosa Fili,
 y al mundo todo olvida.

O D A

Del aterido invierno
 se acercan ya los fríos,
 los árboles coposos
 desnudos ya los miro.
 Y en la agrupada nieve
 blanquean revestidos
 de copos desatados
 donde el verdor ha sido.
 En el lontano oscuro
 brillan los altos picos
 del recio Guadarrama
 todos encanecidos.
 Naturaleza triste
 llora el tiempo perdido,
 y en lluvias se deshace
 y espera al blando estío.

Mas ¿á mí qué? si el orbe
 se anega, mis amigos,
 y los torrentes bajan
 del monte desprendidos.

Si en mi cerrada choza
 Fili se está conmigo,
 y aun más que Fili á veces
 cien odres de buen vino.

Y en tanto que sus galas
 y el verde primitivo
 recobra el campo alegre,
 hoy mustio y aterido;

Y en la estación de amores
 divierto yo el oído
 en canciones ligeras
 de sueltos pajarillos;

Y gozo en la floresta
 oloroso tomillo,
 y blancas azucenas
 y balsámico mirto;

O miro á las zagalas
 en juegos no aprendidos
 cual leves mariposas
 girar en torno mío;

Y en la festiva tarde
 bailar con sus queridos,
 sus miembros agitando
 al son del caramillo;

O en la ribera grata
 del onduloso río
 las aguas sucederse
 sobre su cauce antiguo;

O la naciente hierba,
 apenas ya nacido,
 segar, junto á la oveja,
 el saltón cabritillo,

Los ecos fatigando
 por desiguales riscos,
 sencillos, discordantes,
 sus trémulos balidos;

Y el lanudo carnero
 y el toro embravecido
 á su pareja ardiente
 buscar de amor ardidos.

En tanto que esto gozo,
 y el tiempo en raudo giro
 torna á la tierra joven
 de Primavera el brillo;

Para pasar las noches
 del hivernoso frío,
 las híasdas pluviosas
 para escuchar tranquilo,

Ni amores de una bella
 me faltan, ni un amigo,

ni una enraciada bota,
 ni menos falta un libro.

En vano proceloso
 cruzando en el ejido
 los vientos se combaten
 sonando agudos silbos.

Al fuego conversamos,
 juntos allí reímos
 del que ignorante busca
 los placeres mentidos.

Que para aquel se guarda
 la dicha, que, entendido,
 el tiempo como viene
 recibe así tranquilo.

De rato en rato un vaso
 en que rebosa un vino
 más dulce que aquel néctar
 del celebrado Olimpo,

Vaciado á la redonda
 en turnos repetidos
 mil veces se ve lleno
 y otras tantas vacío.

El techo es un reparo
 á la inclemencia y brío
 del aquilón furioso
 que brama de continuo.

En la dudosa llama
 tenemos luz y abrigo,
 y aunque en rústica choza
 no del palacio envidio.

Del bosque separado
 al más gigante pino
 parece ya deshecho
 quejarse en mil chasquidos.

No aquí del avariento
 el oro enmohecido
 penetra ponzoñoso
 á mi feliz retiro.

Que del amor deseosos
 tan sólo y el buen vino,
 si todos son felices
 son igualmente ricos.

Y aquel que alegre danza,
 y duerme bien bebido,
 y es rico áquel tan sólo
 que quiere y es querido.

Ni menos de la corte
 el macilento vicio
 á las bellezas trujo
 sus juegos más lascivos.

Y andar aquí bien puede
 desnudo el ciego niño
 si en la ciudad viciada
 va de rubor vestido.

No sabe aquí la hermosa
 como al fiel pastorcillo
 se puede, infiel amante,
 dar trato fermentido.

Que á amor le guarda sólo
 la zagala sus lirios,
 y nunca los profana
 sino el que es de ellos digno.

Ni fué jamás besada
 sino es de su querido
 la simple zagaleja
 que una vez bien le quiso.

Y aquí en la choza alegre
 placeres son sencillos
 los que al trabajo siguen
 del día fenecido.

Y á veces si Corilda
 se viene con Mirtilo
 de esbeltas aldeanas
 y pastores seguidos;

En darles de aquel néctar
 grande placer sentimos,
 y en que la copa apuren
 del jugo del racimo;

Y en ver que alborozados
 riñen enardecidos
 el premio de las danzas
 que reparte Cupido.

Llueva, pues, y granice
 y tiemble estremecido
 el antes firme suelo
 que sin cuidados piso;

Del cielo el trueno airado,
 del aire los bramidos,
 alteran esos pechos
 que abrigan el delito.

Que no del daño ajeno
 me reconviene el mío,
 y en ruinas caiga el orbe,
 si quiere, desunido;

Que en tanto de las bellas,
 del saludable vino
 felice disfrutando
 y al lado de un amigo;

Me tengo por dichoso
 cuando el vellón mullido
 recibe en su blandura
 mis miembros adormidos;

Y cuando ya á la aurora
 del trabajo el aviso
 me vuelve á dar del gallo
 el canto matutino.

